

Friedrich Nietzsche

Así habló Zaratustra

Un libro para todos y para nadie

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Introducción

Génesis de *Así habló Zaratustra*

La triple génesis –afectiva, conceptual y figurativa– de *Así habló Zaratustra* ha sido extensamente explicitada por su autor en una serie de cartas y apuntes particulares, pero de modo muy especial en el apartado de *Ecce homo*¹ dedicado a esta obra. A tan apasionada y clarividente autoexplicación es preciso referirse si se quiere poner de relieve lo fundamental. Mas esa autobiografía de Nietzsche, tan rica en exposición de vivencias, es parca en alusiones a elementos exteriores que pudieran permitirnos obtener una visión desde fuera, una contemplación ocular de la fi-

1. F. Nietzsche, *Ecce homo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual (El libro de bolsillo, Biblioteca de autor-Nietzsche, Alianza Editorial). Todas las citas de páginas van referidas a esta edición.

gura por cuyo interior cruzaban tales pensamientos. Algunos de esos rasgos vienen dados a continuación.

A mediados de noviembre de 1880 Nietzsche se establece en Génova, donde ha de permanecer una larga temporada. Luchando con innumerables dificultades de todo tipo consigue ordenar el material que va a constituir su nuevo libro: *Aurora*. Es un invierno duro; «carezco de estufa», le dice a su amigo Peter Gast en una carta. ¿Cómo pasa los días y las noches Nietzsche? Recurramos a una página famosa y brillante de Stefan Zweig, que, si bien es aplicable también a otras temporadas de la vida de Nietzsche, parece estar escrita con los ojos puestos de manera especial en este invierno genovés de 1880 a 1881. «Imagen del hombre» la denomina su autor, y dice así:

«Un mezquino comedor de una pensión de seis francos al día, en un hotel de los Alpes o junto a la ribera de Liguria. Huéspedes indiferentes, la mayor parte de las veces algunas señoras viejas en *small talk*, es decir, en menuda conversación. La campana ha llamado ya a comer. Entra un hombre de espaldas cargadas, de silueta imprecisa; su paso es incierto, porque Nietzsche, que tiene “seis séptimas de ciego”, anda casi tanteando, como si saliese de una caverna. Su traje es oscuro y cuidadosamente aseado, oscuro es también su rostro, y su cabello castaño va revuelto, como agitado por el oleaje; oscuros son igualmente sus ojos, que se ven a través de unos cristales gruesos, extraordinariamente gruesos. Suavemente, casi con timidez, se aproxima; a su alrededor flota un silencio anormal. Parece un hombre que vive en las sombras, más allá de la sociedad, más allá de la conversación y que está siempre temeroso de todo lo que sea ruido o

hasta sonido; saluda a los demás huéspedes con cortesía y distinción y, cortésmente, se le devuelve el saludo. Se aproxima a la mesa con paso incierto de miope, va probando los alimentos con precaución propia de un enfermo del estómago, no sea que algún guiso esté excesivamente sazonado o que el té sea demasiado fuerte, pues cualquier cosa de éstas irritaría su vientre delicado, y si éste enferma, sus nervios se excitan tumultuosamente. Ni un vaso de vino, ni un vaso de cerveza, nada de alcohol, nada de café, ningún cigarro, ningún cigarrillo; nada estimulante; sólo una comida sobria y una conversación de cortesía en voz baja, con el vecino de mesa (como hablaría alguien que ha perdido el hábito de conversar y tiene miedo a que le pregunten demasiado).

»Después se retira a su habitación mezquina, pobre, fría. La mesa está colmada de papeles, notas, escritos, pruebas, pero ni una flor, ni un adorno; algún libro y apenas, y muy raras veces, alguna carta. Allá en un rincón, un pesado cofre de madera, toda su fortuna: dos camisas, un traje, libros y manuscritos. Sobre un estante, muchas botellitas, frascos y medicinas con que combatir sus dolores de cabeza que le tienen loco durante horas y más horas, para luchar con los calambres del estómago, los vómitos, para vencer su pereza intestinal y, sobre todo, para combatir con cloral y veronal su terrible insomnio. Un horrible arsenal de venenos y de drogas, que es la única ayuda que puede encontrar en el vacío de un cuarto extranjero, donde no le es posible hallar otro reposo que el obtenido por un sueño corto, artificial, forzado. Envuelto en una capa y en una bufanda de lana (pues la chimenea hace humo, pero no da calor), con sus dedos ateridos, sus gruesos lentes to-

cando casi el papel, escribe rápidamente, durante horas enteras, palabras que sus mismos ojos no pueden luego descifrar. Durante horas está allá sentado escribiendo, hasta que sus ojos le arden y lagrimean; una de las pocas felicidades de su vida es que alguien, apiadado de él, se ofrezca para escribir un rato, para ayudarle. Si hace buen día, el eterno solitario sale a dar un paseo, siempre solo con sus pensamientos. Nadie le saluda jamás, nadie le para jamás. El tiempo malo, la nieve, la lluvia, todo eso que él odia tanto, le retiene prisionero en su cuarto, nunca abandona su habitación para buscar la compañía de otros, para buscar otras personas. Por la noche, un par de pastelillos, una tacita de té flojo y en seguida otra vez la soledad eterna con sus pensamientos. Horas enteras vela junto a la lámpara macilenta y humosa sin que sus nervios, siempre tensos, se aflojen de cansancio. Después echa mano del cloral u otro hipnótico cualquiera, y así, a la fuerza, se duerme, se duerme como las demás personas, como las personas que no piensan ni son perseguidas por el demonio».

El 25 de enero de 1881 Nietzsche envía a Gast el borrador de *Aurora*, con el fin de que haga una copia en limpio. Y por fin hacia mediados de marzo consiguen entre ambos tener listo el manuscrito para la imprenta. Es el momento en que Nietzsche decide tomarse un descanso, y pregunta a su viejo amigo Gersdorff si estaría dispuesto a marchar con él a Túnez y pasar allí juntos uno o dos años. Poco después, sin embargo, el conflicto franco-tunecino impide la realización de ese proyecto, y Nietzsche, el 1 de mayo, va con su amigo Peter Gast a pasar unas semanas en la estación termal de Recoaro, cerca de Vicenza.

Recoaro es el lugar donde acontece el primer presentimiento de lo que será *Así habló Zaratustra*. Es un presentimiento nebuloso, ni conceptual ni figurativo, como los dos a que luego nos referiremos. Es tan sólo «un signo precursor», que consiste en «un cambio súbito y, en lo más hondo, decisivo de mi gusto, sobre todo en la música». Las palabras de Nietzsche aluden a ese cambio enigmáticamente: «En una pequeña localidad termal de montaña, no lejos de Vicenza, en Recoaro, donde pasé la primavera del año 1881, descubrí juntamente con mi *maestro* y amigo Peter Gast, también él un “renacido”, que el fénix Música pasaba volando a nuestro lado con un plumaje más ligero y más luminoso del que nunca había exhibido» (*Ecce homo*, pp. 115-116). Nada más. En esta visión del fénix Música se sitúa lo que hemos llamado la génesis afectiva de *Así habló Zaratustra*.

«¿Cómo decir en una sola palabra hacia dónde tienden todas las energías que tengo dentro de mí? Y si yo supiese esa palabra, no la diría», le escribe Nietzsche a su hermana desde Recoaro poco antes de salir para Suiza, donde pasará el verano. Y donde tendrá lugar aquel conocido episodio que aquí calificamos de «génesis conceptual» de esta obra.

«Voy a contar ahora la historia del *Zaratustra*. La concepción fundamental de la obra, el *pensamiento del eterno retorno*, esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto, – es de agosto del año 1881: se encuentra anotado en una hoja a cuyo final está escrito: “A 6.000 pies más allá del hombre y del tiempo”. Aquel día caminaba yo junto al lago de Silvaplana a través de los bosques; junto a una imponente roca que se eleva en

forma de pirámide no lejos de Surlei, me detuve. Entonces me vino ese pensamiento» (*Ecce homo*, p. 115).

¿Qué decía aquella hoja? Por fortuna se ha conservado, y su texto completo es el siguiente:

El retorno de lo idéntico

Esbozo

1. La asimilación de los errores fundamentales.
2. La asimilación de las pasiones.
3. La asimilación del saber, incluso del saber que renuncia. (Pasión del conocimiento.)
4. El inocente. El individuo como experimento. El aligeramiento, el rebajamiento, la debilitación de la vida – transición.
5. El nuevo *centro de gravedad*: *el eterno retorno de lo idéntico*. Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro errar, de nuestros hábitos y modos de vivir, para todo lo venidero. ¿Qué hacemos con el resto de nuestra vida – nosotros los que hemos pasado su mayor parte en la más esencial ignorancia? *Nos dedicamos a enseñar esta doctrina* – es el medio más eficaz para asimilarla nosotros mismos. Nuestra especie de felicidad como maestros de la más grande doctrina.

Primeros de agosto de 1881 en Sils-Maria, a 6.000 pies sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas.

El pensamiento del eterno retorno, hasta ese momento conocido por Nietzsche sólo de manera exterior, como una vieja hipótesis de la humanidad que ya había tenido su expresión en incontables fuentes orientales y griegas, se encarna en él. «Entonces me vino ese pensamiento.» Pero es tan sólo un pensamiento, y hace falta una boca digna de exponerlo. Por el momento Nietzsche no la encuentra. Y han de pasar muchos meses, dieciocho exactamente («número que podría sugerir, al menos entre budistas, la idea de que, en el fondo, yo soy un elefante hembra»), desde la génesis afectiva en Recoaro, pasando por esta génesis conceptual en Sils-Maria, hasta que, en enero de 1883, tenga Nietzsche en Rapallo la visión del *tipo* de Zarathustra, esto es, lo que hemos llamado génesis figurativa de la obra. Entonces estarán listos los tres elementos, y la primera parte brotará eruptivamente «en diez días».

El tiempo que transcurre entre la revelación de Sils-Maria y la aparición de Rapallo está lleno de elementos convulsivos en la vida de Nietzsche. Acabada la temporada estival en Sils-Maria, Nietzsche vuelve a Génova, donde pasa todo el invierno; en abril de 1882 embarca para Mesina, y poco más tarde va a Roma, donde conoce a Lou von Salomé, la mujer cuya mano solicitará por dos veces inútilmente, pues ambas es rechazado. Con ella parte luego hacia el norte; Nietzsche pasa el mes de junio en Naumburgo, junto a su familia, y trabaja en *La gaya ciencia*. El mes de julio reside en Tautenburgo, esperando la llegada de Lou von Salomé, que le ha prometido vivir una temporada a su lado. *La gaya ciencia* está terminada y es enviada a la imprenta; en una de sus últimas páginas aparece ya la figura de Zarathustra, en un párrafo que luego

pasará íntegramente a *Así habló Zaratustra*. A primeros de agosto Lou von Salomé llega a Tautenburgo. No es éste el momento de relatar aquella extraña aventura, que lleva a Nietzsche al borde de la tragicomedia.

Bastantes años más tarde Lou von Salomé publicará un libro titulado *F. Nietzsche en sus obras* (Viena, 1894). Hay en él una página que nos interesa transcribir, pues permite contemplar la figura exterior de Nietzsche, vista en aquel verano de 1882 por los ojos de tan extraordinaria mujer. Nietzsche está grávido de un pensamiento que casi le estrangula. Y aquel hombre, pocos meses antes de redactar la primera parte de su obra cumbre, ofrece este aspecto: «Al contemplador fugaz no se le ofrecía ningún detalle llamativo. Aquel varón de estatura media, vestido de manera muy sencilla, pero también muy cuidadosa, con sus rasgos sosegados y el castaño cabello peinado hacia atrás con sencillez, fácilmente podía pasar inadvertido. Las finas y extraordinariamente expresivas líneas de la boca quedaban recubiertas casi del todo por un gran bigote caído hacia delante; tenía una risa suave, un modo quedo de hablar y una cautelosa y pensativa forma de caminar, inclinando un poco los hombros hacia delante; era difícil imaginarse a aquella figura en medio de una multitud –tenía el sello del apartamiento, de la soledad–. Incomparablemente bellas y noblemente formadas, de modo que atraían hacia sí la vista sin querer, eran en Nietzsche las manos, de las que él mismo creía que delataban su espíritu. – Similar importancia concedía a sus oídos, muy pequeños y modelados con finura, de los que decía que eran los verdaderos “oídos para cosas no oídas”. – Un lenguaje auténticamente delator hablaban también sus ojos. Siendo medio ciegos, no tenían, sin embargo,

nada de ese estar acechando, de ese parpadeo, de esa no querida impertinencia que aparecen en muchos miopes; antes bien, parecían ser guardianes y conservadores de tesoros propios, de mudos secretos, que por ninguna mirada no invitada debían ser rozados. La deficiente visión daba a sus rasgos un tipo muy especial de encanto, debido a que, en lugar de reflejar impresiones cambiantes, externas, reproducían sólo aquello que cruzaba por su interior. Cuando se mostraba como era, en el hechizo de una conversación entre dos que le excitase, entonces podía aparecer y desaparecer en sus ojos una conmovedora luminosidad: – mas cuando su estado de ánimo era sombrío, entonces la soledad hablaba en ellos de manera tétrica, casi amenazadora, como si viniera de profundidades inquietantes...».

Acabado aquel «idilio», que tanto dolor va a causar en lo sucesivo a Nietzsche, éste parte para Leipzig y, pasando por Basilea, llega otra vez a Génova, a mediados de noviembre. El día 23 del mismo mes se traslada a Rapallo. «El invierno siguiente lo viví en aquella graciosa y tranquila bahía de Rapallo, no lejos de Génova, enclavada entre Chiavari y el promontorio de Portofino. Mi salud no era óptima; el invierno, frío y sobremanera lluvioso; un pequeño *albergo* [fonda], situado directamente junto al mar, de modo que por la noche el oleaje imposibilitaba el sueño, ofrecía, casi en todo, lo contrario de lo deseable. A pesar de ello, y casi para demostrar mi tesis de que todo lo decisivo surge “a pesar de”, mi *Zaratustra* nació en este invierno y en estas desfavorables circunstancias. – Por la mañana yo subía en dirección sur, hasta la cumbre, por la magnífica carretera que va hacia Zoagli, pasando junto a los pinos y dominando ampliamente con la vista el mar;

por la tarde, siempre que la salud me lo permitía, rodeaba la bahía entera de Santa Margherita, hasta llegar detrás de Portofino. Este lugar y este paisaje se han vuelto más próximos aún a mi corazón por el gran amor que el inolvidable emperador alemán Federico III sentía por ellos; yo me hallaba de nuevo, casualmente, en esta costa en el otoño de 1886, cuando él visitó por última vez este pequeño olvidado mundo de felicidad. – En estos dos caminos se me ocurrió todo el primer *Zaratustra*, sobre todo Zaratustra mismo en cuanto tipo: más exactamente, éste *me asaltó...*» (*Ecce homo*, pp. 117-118).

Aquí en Rapallo, posiblemente a finales de enero de 1883, tiene lugar la que hemos llamado la «génesis figurativa» de este libro. Como dice Nietzsche: «Sobre todo Zaratustra mismo *en cuanto tipo...* me asaltó...». Aquella aparición de Zaratustra, la boca digna de expresar el pensamiento del eterno retorno de lo idéntico, la describe Nietzsche en una breve poesía cuyo título originario es

Portofino

Aquí estaba yo sentado, aguardando, aguardando – a nada,

Más allá del bien y del mal, disfrutando

Ya de la luz, ya de la sombra, siendo totalmente sólo juego,

Totalmente mar, totalmente mediodía, totalmente tiempo sin meta.

Entonces, de repente, ¡amiga!, el que era uno se convirtió en dos –

Y Zaratustra pasó a mi lado.

Ya está todo completo. Y en diez días, del 1 al 10 de febrero de 1883, Nietzsche redacta el primer libro de *Así habló Zaratustra*. La rapidez de esta redacción puede parecer extraña si se desconoce el modo de trabajar y de escribir libros de Nietzsche. Durante días y meses éste apuntaba en cuadernos de notas los esquemas conceptuales, los pensamientos, los esbozos narrativos y líricos que venían a su mente. Y «escribir» un libro tenía para él un significado literal: llegado el momento de darlo a luz, se trataba de extraer de aquel caos un conjunto organizado y «escribir» una copia en limpio. Inmediatamente después tenía que hacer una segunda copia manuscrita para enviarla a la imprenta. Acabada de escribir la obra el día 10 de febrero en Rapallo, Nietzsche va a Génova el día 14 para enviar el manuscrito al editor. Posiblemente durante la noche del 13 termina de transcribir los últimos párrafos de ese manuscrito, que iba a enviar al otro día a Leipzig. Al llegar a Génova, compra, «en contra de mi costumbre», el número vespertino del periódico *Caffaro* y lee en él la noticia de la muerte de Wagner. Éste había fallecido la noche anterior en Venecia. Más tarde escribirá Nietzsche: «La parte final, esa misma de la que he citado algunas frases en el prólogo, fue concluida exactamente en la hora sagrada en que Richard Wagner moría en Venecia» (*Ecce homo*, p. 104).

El estado de espíritu en que Nietzsche escribió su obra ha sido calificado por él mismo de *inspiración*. Oigamos sus palabras: «¿Tiene alguien, a finales del siglo XIX, un concepto claro de lo que los poetas de épocas poderosas denominaron *inspiración*? En caso contrario, voy a describirlo. – Si se conserva un mínimo residuo de superstición,

resultaría difícil rechazar de hecho la idea de ser mera encarnación, mero instrumento sonoro, mero *medium* de fuerzas poderosísimas. El concepto de revelación, en el sentido de que de repente, con indecible seguridad y finura, se deja *ver*, se deja oír algo, algo que le conmueve y trastorna a uno en lo más hondo, describe sencillamente la realidad de los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da; como un rayo refulge un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma – yo no he tenido jamás que elegir. Un éxtasis cuya enorme tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas, un éxtasis en el cual unas veces el paso se precipita involuntariamente y otras se torna lento; un completo estar-fuera-de-sí, con la clarísima conciencia de un sinnúmero de delicados temores y estremecimientos que llegan hasta los dedos de los pies; un abismo de felicidad, en que lo más doloroso y sombrío no actúa como antítesis, sino como algo condicionado, exigido, como un color *necesario* en medio de tal sobreabundancia de luz; un instinto de relaciones rítmicas, que abarca amplios espacios de formas – la longitud, la necesidad de un ritmo *amplio* son casi la medida de la violencia de la inspiración, una especie de contrapeso a su presión y a su tensión... Todo acontece de manera sumamente involuntaria, pero como en una tormenta de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad... La involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla. Parece en realidad, para recordar una frase de *Zaratustra*, como si las cosas mismas se acercasen y se ofreciesen para símbolo

(“Aquí todas las cosas acuden acariciadoras a tu discurso y te halagan: pues quieren cabalgar sobre tu espalda. Sobre todos los símbolos cabalgas tú aquí hacia todas las verdades... Aquí se me abren de golpe todas las palabras y los armarios de palabras del ser; todo ser quiere hacerse aquí palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí”) –. Ésta es *mi* experiencia de la inspiración; no tengo duda de que es preciso remontarse milenios atrás para encontrar a alguien que tenga derecho a decir “es también la mía”» (*Ecce homo*, pp. 120-121).

Aquella primera parte fue impresa en Leipzig y salió al público en el mes de junio. Pero dentro de Nietzsche el *Zarathustra* seguía adelante. Tras pasar los meses de mayo y junio en Roma, vuelve en el verano a Sils-Maria, y en otros diez días, del 26 de junio al 6 de julio de 1883, «escribe» la segunda parte, que se publica en septiembre. Por fin, en Niza, del 8 al 20 de enero de 1884, «escribe» el libro tercero. «Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Niza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables; aquel pasaje decisivo que lleva el título “De las tablas viejas y nuevas” fue compuesto durante la fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza» (*Ecce homo*, p. 123). Con aquella tercera parte Nietzsche da por concluido el *Zarathustra*. Hasta un año más tarde no escribe lo que hoy es la cuarta y última parte, pero que en realidad estaba destinada a ser la primera de una nueva obra, titulada *Mediodía y eternidad*, la cual debía haber tenido tres partes; las dos últimas no se escribieron nunca.

Las tres primeras partes de *Así habló Zarathustra*, publicadas por separado, no encontraron el más mínimo eco,

ni entre amigos ni entre enemigos. La soledad de Nietzsche se volvió total. «Se paga caro el ser inmortal», dice. «Una segunda cosa es el espantoso silencio que se oye en torno a sí. La soledad tiene siete pieles; nada pasa ya a través de ellas. Se ve a los hombres, se saluda a los amigos: nuevo desierto, ninguna mirada saluda ya. En el mejor de los casos, una especie de rebelión. Tal rebelión la advertí yo en grados muy diversos, pero en casi todo el mundo que se hallaba cerca de mí; parece que nada ofende más hondo que el hacer notar de repente una distancia, – las naturalezas *nobles* que no saben vivir sin venerar son escasas» (*Ecce homo*, p. 124).

Por eso Nietzsche, que había roto con su editor, no tiene quien publique la cuarta parte de la obra. Como se encuentra en dificultades económicas, pide un préstamo a su amigo Gersdorff, pero éste no se encuentra en condiciones de facilitárselo. A costa suya pues, hizo Nietzsche imprimir 40 ejemplares. Certeramente se ha dicho que «sus amigos no eran tan numerosos». «Buscando mucho, encontró siete destinatarios, de los cuales ninguno era realmente digno. ¿Quiénes fueron estos siete? Presumámoslo, si es posible: su hermana (de la que no cesaba de quejarse); la señorita de Meysenburg (que no entendía nada de sus libros); Overbeck (amigo exacto y lector inteligente, pero reservado); Burckhardt, el historiador de Basilea (éste contestaba siempre a los envíos de Nietzsche, pero era tan cortés, que apenas si podía adivinarse lo que pensaba); Peter Gast (el discípulo fiel, al que sin duda encontraba Nietzsche demasiado obediente y fiel); Lanzky (buen camarada de aquel invierno); Rohde (que apenas disimulaba el tedio que estas lecturas forzosas le causaban).

»Tales fueron, presumimos, los que recibieron –aunque no todos se tomaron el trabajo de leerla– esta cuarta y última parte, este “intermedio”, que termina, pero no acaba el *Así habló Zaratustra*» (D. Halévy).

En 1886 Nietzsche mandó encuadernar en un solo volumen los viejos ejemplares no vendidos de la primera edición de las tres partes sueltas, con el propósito de llamar de nuevo la atención del público sobre su obra. La cuarta parte permaneció inédita (excepto la citada edición privada de 40 ejemplares) durante la vida lúcida de Nietzsche. Esta cuarta parte salió al público en 1890. Y por fin, en 1892, se publicó la primera edición completa de *Así habló Zaratustra*, tal como hoy lo conocemos y como lo encontrará el lector en este volumen.

Estructura de la obra

La primera pregunta ante esta obra singular («*Zaratustra* ocupa un lugar aparte», dice su autor) es la que se refiere a su protagonista. ¿Quién es Zaratustra? ¿De dónde procede? ¿Qué hace?

Zaratustra es una figura semilegendaria de la antigua Persia, fundador de una religión que fue la propia de esa zona hasta su conquista por los árabes. Se cree que vivió en el siglo VI antes de nuestra era, y que los elementos más auténticos de su doctrina están contenidos en los himnos del *Avesta*. Nietzsche mismo ha fijado en una hoja suelta los rasgos elementales de esa figura: «Zaratustra, nacido junto al lago de Urmi, en la provincia Aria, abandonó su patria a los treinta años, marchó a las mon-